

NOVELÍSTICA DEL BANANO

Vicente Francisco Torres*

RESUMEN

El presente artículo es un recorrido sobre algunas de las más destacadas novelas que abordan el tema de la explotación bananera. Inicia con *Mamita Yunai*, del costarricense Eduardo Luis Fallas y concluye con *La hojarasca*, el primer libro que publicó Gabriel García Márquez.

ABSTRACT

This article is an overview of some of the most outstanding novels that address the issue of the banana exploitation. It begins with *Mamita Yunai*, by the Costa Rican Eduardo Luis Fallas and concludes with *La Hojarasca*, the first book published by Gabriel García Márquez.

PALABRAS CLAVE

Novelas de la tierra, novelas de denuncia, realismo mágico, real maravilloso americano, saga de Macondo.

KEY WORDS

Key words: American continent novels, social denunciation novels, magical realism, marvelous real in America, Macondo novels.

[n los momentos de aciago despojo que está sufriendo México, nunca como ahora había sido necesaria una relectura de la novelística que alimentó la parte literaria de *Las venas abiertas de América Latina* (1971). Los mexicanos asistimos al robo de, al me-

* Profesor-Investigador del Departamento de Humanidades de la UAM-Azcapotzalco.

nos, petróleo, gas, energía eléctrica y eólica, plata, oro, cobre, tierras y agua que, tal parece, era lo único que nos quedaba de atracos previos.

Eduardo Galeano documentó, uno a uno, los despojos que sufrió América; expuso cuáles fueron los mecanismos para arrebatar a *los condenados de la tierra*, como llamara Franz Fanon a los pueblos que llegaron tarde a la historia, los recursos con que los dotó la naturaleza: piedras y maderas preciosas, flora, fauna, caucho y hasta el guano de las costas sudamericanas cuando probó su valía fertilizante.

Las triquiñuelas para el despojo fueron diversas, pero siempre se repitieron los pretextos de la ineficacia para manejar las industrias, y su quiebra supuesta. Todo con la colaboración de las oligarquías locales y ahora con un puñado de políticos ignorantes, que ni siquiera leen los documentos que aprueban y legalizan el despojo.

Esta es la razón que animó la relectura de algunas novelas del banano.

UNO

Mamita yunai (1941) es una de las más significativas y mencionadas novelas del ciclo bananero, aunque no debemos olvidar que la primera es *Cebollas y reyes* (1904), del escritor norteamericano William Sidney Porter, conocido como O'Henry, quien vivió en Honduras, que se convertiría en la Anchuria de su novela. Cuando se refirió a la *banana republic* acuñó la expresión república bananera con que se designó después a los países que tuvieron gobiernos serviles.¹

La explotación bananera fue posible gracias a la UFCO (United Fruit Company), nacida en 1899 con la participación de Lorenzo Baker, quien mandaba guineo desde Jamaica a Boston; Andrew Preston, conecedor de los negocios bursátiles; y Minor Keith, un talamonte que obtuvo la concesión para construir el ferrocarril de Costa Rica, Honduras y Guatemala, hizo que le pagaran su empresa

¹ Véase "Historia de la literatura bananera", de Roberto Herrscher, en el suplemento *La Vanguardia*, 18 de julio de 2012, <http://www.lavanguardia.com/cultura/20120718/54326850527/literatura-bananera.html>

con tierras selváticas y llegó a ser dueño del 15% del territorio de esos países. El éxito de la compañía se debió a que, como hoy, la tierra les salió casi regalada, la mano de obra se pagaba miserablemente y los gobiernos genuflexos no les cobraban impuestos.

Mamita Yunai ha tenido ediciones en diversos países como Cuba, Chile, Argentina, México y, naturalmente, Costa Rica, tierra natal del autor Carlos Luis Fallas (1909-1966). Con el apoyo de Pablo Neruda, se publicó en italiano, ruso, polaco, alemán, checo, eslovaco rumano y búlgaro.

La vida de Carlos Luis Fallas tiene varias semejanzas con la biografía de José Revueltas. Radicado en la provincia de Limón, en el litoral del Atlántico —que fue feudo de la United Fruit Company, el poderoso *trust* norteamericano que deformó la economía de Centroamérica y azuzó la pugna entre blancos y negros—, fue estibador, albañil, tractorista, dinamitero y, luego, nos dice en una autobiografía que suele preceder las distintas ediciones de su novela:

Andaba en los 22 años cuando regresé de Alajuela para ver morir a mi madre. Entusiasmado por las ideas revolucionarias y anti imperialistas que por ese entonces comenzaban a agitar al proletariado costarricense, ingresé al naciente movimiento obrero y, para poder vivir y luchar en las ciudades, aprendí en tres meses el oficio de zapatero, que ejercí por largos años. Intervine en la organización de los primeros sindicatos alajuelenses y en la dirección de las primeras huelgas; fui a la cárcel varias veces; resulté herido en un sangriento choque de obreros con la policía, en 1933, y ese mismo año, con el pretexto de un discurso mío, los Tribunales me condenaron a un año de destierro en la costa atlántica, provincia de Limón. Allí, entre otras actividades revolucionarias, intervine en la gran huelga de 1934, que movilizó a 15 000 trabajadores y conmovió profundamente al país entero. Por mi participación en esta huelga fui encarcelado una vez más, me declaré en huelga de hambre y, gracias a la acción del pueblo, recobré la libertad...²

El motor de la novela, más que la denuncia de la vida de los peones en el platanal, es la porfía de José Francisco, el narrador, para vigilar que la votación en Talamanca, un remoto caserío, no fuera

² Carlos Luis Fallas, *Mamita Yunai*, México, Fondo de Cultura Popular, ilustraciones de Alberto Beltrán, 1957, pp. 2 y 3.

fraudulenta en provecho del partido gobernante. Esto hace que *Mamita yunai* sea un relato de aventuras porque José Francisco debe remontar pantanos, platanales, selvas y ríos en pos del ruinoso sitio en donde se instalarían las mesas de votación.

La elección de Talamanca para porfiar allí por la limpieza de la elección no es gratuita. Esa zona fue asiento de un poderoso grupo indígena que se opuso ferozmente a los conquistadores. En el tiempo de la novela son un puñado de indígenas alcohólicos, ignorantes y sojuzgados por los mestizos:

Para sojuzgarlos resultó vano el halago e inútil la amenaza; inútil también desorejar, en la vieja metrópoli colonial, a centenares de indios prisioneros. No lograron, entonces, domar la Raza, ni los habilidosos frailes con sus escapularios y oraciones, ni los valientes soldados de España con sus espadas, arcabuces, cascos y corazas.

La doma, el embrutecimiento del indio, la destrucción de la raza bravía, quedó para otros conquistadores mil veces menos valientes, pero infinitamente más crueles y rapaces que aquellos españoles ¿y más arteros!: para los conquistadores imperialistas yanquis, secundados por criollos serviles. Y para otros tiempos: para los gloriosos tiempos de la República democrática y libérrima.

Los gringos de la United no trajeron arcabuces ni corazas. Trajeron muchos cheques y muchos dólares para corromper a los gobernantes venales y adquirir perros de presa entre los más descastados hijos del país (...) Entró la locomotora y sacó millones y millones de frutas para los gringos. Y mientras en la capital de la República los criollos imbéciles o pillos aplaudían la obra civilizadora de la United, en Talamanca corría el guaro, el sudor y la sangre también.³

Cuando el protagonista ha viajado en ferrocarril –que fue llevado a la selva pantanosa para sembrar y sacar el banano–, remontado la montaña, el río Sixaola con sus rápidos y se ha mantenido a distancia de la selva que bordea las orillas de los ríos y cerca los platanales, el lector piensa que Fallas es dueño de una gran habilidad narrativa. No era un hombre culto, pero “tenía madera”, como se decía antaño. Es claro, además, que su capacidad para nombrar la naturaleza tiene que ver con su conocimiento de la geografía, la flora y la fauna.

³ *Ibidem*, p. 65.

La vida en la plantación animaliza a los peones que cumplen tremendas jornadas, inmersos primero en la atmósfera inmóvil de calor; luego el cielo se llena de truenos y aguaceros que cesan de súbito para que vuelva el calor. Y así durante todo el día. Los moscos cobraban su cuota de sangre y las hormigas y alepates se llevaban la piel a mordidas. Los cuerpos de la gente de la plantación se llenaban de cicatrices purulentas y la piel se les cubría de manchas leprosas.

El resto es historia común a los episodios de despojo en nuestro continente: para sembrar las matas de plátano, la compañía derribaba los árboles de cedro, roble y laurel, que permanecían tirados, pudriéndose para poder convertirse en abono. La compañía tiene su propia tienda resguardada por capataces siempre prestos a aumentar las deudas, propiciar el alcoholismo y cometer atropellos. Cuando se acumula el banano, los gringos lo dejan tirado para especular y el peón se quedará sin trabajo y lleno de deudas.

Mamita yunai es una novela dispereja en el tejido de su argumento, pero es dueña de una eficacia narrativa y una elocuencia en sus tremendas escenas que la han hecho perdurable en la historia de la literatura latinoamericana.⁴ En sus últimas páginas encontramos un discurso que el autor pronunció en la gran huelga bananera de 1934, como ex dirigente de la Federación de Trabajadores Bananeros del Pacífico.⁵ Allí relata cómo los trabajadores

⁴ Fallas en su adolescencia fue fervoroso lector de novelas rusas y españolas, pero hasta muy tarde se consideró escritor. "A una periodista que le hiciera una entrevista como *autor de una obra maestra*, le dijo: *¿Mamita yunai?* Si eso no fue más que un informe. Soy un trabajador bananero, un dirigente sindical, no un escritor. Mire, lo que yo escribí fue un informe a la organización, y la gente se empeñó en que fuera un libro (...). A poco decidieron mandarme a la zona bananera, donde había habido un problema con los trabajadores, con el objeto de reportar para el periódico lo acontecido, y ese reportaje fue el primer trabajo que hice. Es esa misión electoral a Talamanca, que se cuenta en *Mamita yunai*. Pero fui a casa de una compañera, una escritora, Carmen Lira, y nos pusimos a conversar, y yo le contaba el viaje y sus peripecias. Y ella se indignaba unas veces, y otras se reía. Y me hizo escribirlo. Pero así como se lo dije a ella. Así mismo. Y empezamos a publicarlo en el periódico..." El título del libro era *A la sombra del banano*, "pero Carmen Lira me sugirió el de *Mamita yunai* para ironizar la tendencia imperialista que por aquellos días trataba de presentar la United Fruit como protectora de nuestro pueblo." Estos fragmentos de entrevistas con Fallas aparecen en el prólogo a la edición cubana de *Mamita yunai*. Véase "Fallas: una expresión de vida". Por Imeldo Álvarez García, pp. 9-11.

⁵ En la edición costarricense de *Principios* (1966), que se hizo a raíz del fallecimiento del autor, se reproducen unas palabras de Fallas en que decía que, como una segunda parte de su famosa novela se quedó sin escribir, hizo lo siguiente:

tuvieron su primer congreso en medio de la selva y entrega otras infamias que no contó en la novela, como el hecho de que la compañía no pagaba impuestos.

DOS

Miguel Ángel Asturias escribió una trilogía bananera, pero el tema siguió apareciendo en otras obras como *Viernes de dolores* (1972). Así nació el ciclo:

La trilogía bananera abarca las siguientes novelas: la primera de ellas, que lleva por título *Viento fuerte* (1950), es la lucha entre los primeros plantadores de banano y la gran compañía bananera internacional; la segunda, *El papa verde* (1954), es la penetración de este capital en los resortes del estado y la creación de un poder distinto del poder del estado; y la tercera, *Los ojos de los enterrados* (1960) es ya la huelga general, que permite a los peones de la compañía liberarse, obligando a la compañía a aceptar las leyes que los favorecen.⁶

Viento fuerte, presenta a los primeros gringos que llegaron a sembrar los platanales en Guatemala. En esta época convivieron con nativos y empezaron a plantear su teoría del infierno verde, que es el trópico catalizador de la sensualidad y de las pasiones arrebatadas. Algunos empleados soñaron con llevar la empresa más allá de la conquista, a una producción armónica y humana pero el sueño no prosperó. Aunque los extranjeros de mayor rango en sus borracheras engendraran hijos por todas partes, les quedaba el consuelo de que la miseria, la desnutrición y la enfermedad se encargarían de ellos. Llegaron buscando dinero y poder, como Lester Stoner, quien cambió su nombre por Lester Mead; fue al trópico porque lo aburría la vida de millonario. Era un romántico retorcido que se creó una doble personalidad:

“Tratando de suplir de algún modo la falta de ese necesario segundo tomo, hice incluir en la edición mexicana de *Mamita yunai*, a manera de parte cuarta, un discurso mío de 1955, el cual se resumen algunas de las principales experiencias de la huelga bananera de 1934. Este discurso completa en parte el libro y le da más actualidad”. *Ibidem*, p. 19.

⁶ Luis López Álvarez, *Conversaciones con Miguel Ángel Asturias*, Madrid, Editorial Magisterio Español, 1974, p. 179.

A Lester Mead es al que yo prefiero; Lester Stoner es el millonario sin corazón; el millonario que no se daba el lujo de dejar de ser canalla, el millonario de Waldorf Astoria, del yate, de los caballos de carrera, de las mujeres compradas... El millonario del bacará y la ruleta, sudor de gente mal pagada jugando a punto y banca... El millonario de las combinaciones políticas para mantener gobiernos a su servicio en países en que opera con la voracidad del pulpo... Yo prefiero a Lester mead, el millonario que organiza cooperativas de cosecheros, que instaló un pequeño molino de harina de banano...⁷

Estos hombres son los que llevaron el aguardiente, la prostitución, el telégrafo, el fonógrafo, las farmacias y la guarnición de soldados a los platanares, instalados en medio de la selva: "El tren se iba. Un tren que se detuvo frente a una estación que parecía que no estaba puesta en la tierra sino colgada de los madrecacaos, de los guarumos, de los bejucos, de las ramazones. Todo el piso estaba cubierto de cáscaras y hojas medio secas de eucaliptos".⁸ Aunque en este tomo la miseria de los trabajadores no es tan extrema como en *Mamita yunai*, sí vemos abusos y la corrupción local que permite medrar a las transnacionales. Cuando los trabajadores se sublevan contra los extranjeros que abusan de sus esposas e hijas, echan mano del ejército para las aprensiones. Lester Mead quiere interceder por ellos y, como los periódicos habían fabricado el delito, ningún medio quiso aceptar dinero para dar otra versión de los hechos. ¡Todos recibían dinero, en forma de publicidad, de la Tropical Platanera S.A.!

En esta primera novela del ciclo hay muy poca presencia del paisaje y Asturias se concentra en perfilar personajes y hurgar en sus modos de pensar. Destaca Adelaido Lucero, quien funda su casa en un lugar llamado Semíframes y deja su descendencia para que, con nuevos trabajadores que vienen huyendo de las tierras serranas ya muy trabajadas, en donde quemaron los árboles para hacer más sembradíos y dejaron los cerros convertidos en espinazos dinosáuricos. Vienen a los bananales de la costa, a pelear con el mar.

El problema social que recibe más atención surge cuando la compañía no quiere subir el precio del plátano y les dejan de com-

⁷ Miguel Ángel Asturias, *Viento fuerte*, Buenos Aires, Editorial Losada (Novelistas de Nuestra Época), 6ª. ed., p. 191.

⁸ *Ibidem*, p. 15.

prar a los pequeños productores. Sobreviene la necesidad, la enfermedad y la muerte, y asistimos a un pase de realismo mágico –con todo y mariposas verdes, que no amarillas– que nos prodiga Asturias: un hechicero le arranca la cabeza al cadáver de un hombre que pedía venganza contra las iniquidades de la platanera. Con ella va al mar y convoca al huracán, al viento fuerte que volcará los carros del ferrocarril, tumbará las casas y arrancará de raíz las matas de plátano. También acabó con la vida de Lester Mead, el millonario romántico.

Más que de realismo mágico tendremos que hablar de lo real maravilloso americano porque, dice Asturias, ese huracán fue real y él sólo lo describió. Incluso la trama de la novela salió de un reportaje en que unos investigadores norteamericanos sugirieron que la explotación podría hacerse racionalmente, sin demasiadas crueldades contra la gente.

El papa verde (1954) plantea abiertamente los despojos que hace la compañía norteamericana. No se conforman con comprar a precio de regalo las cosechas de guineo; quieren también ser ellos los plantadores y para eso necesitan comprar o arrebatar la tierra. Para completar el cuadro reciben los puertos de regalo y, cuando se vayan, el gobierno se los pagará; los ferrocarriles que han llevado para sacar su mercancía, también les serán pagados. Siempre contaron con gobiernos lacayos que atendían todos sus deseos.

Geo Maker Thompson, el hombre que empezó el despojo de las tierras, jugará en la bolsa las acciones de la Tropical Platanera y fomentará una guerra entre dos regiones que bien pueden ser Guatemala y Honduras.

Lester Mead, el millonario que para no aburrirse creó cooperativas en las que se asoció con campesinos, murió con el viento fuerte y dejó su fortuna a varios de sus peones. Unos dejaron de trabajar y se marcharon a Estados Unidos, pero los Lucero de la primera novela del ciclo se apegaron a su tierra y se quedaron.

El papa verde se casa con una hacendada pero antes fue novio de la hija de ésta, Mayarí, quien se suicidó vestida de novia porque no toleró que su futuro esposo arrebatará las tierras a sus compatriotas, quienes pasaban a ser esclavos sin derecho a sembrar siquiera una planta. Sin embargo, la muerte de la muchacha es un episodio que Asturias deja abierto para que reciba varios sentidos: Mayarí, después de abrir las jaulas de los pájaros de sus

casa, se echó al río vestida de novia para no desposarse con Thompson sino con el río y con el quetzal, ave que es símbolo de la libertad ya que no puede vivir en cautiverio. Asturias agregó en la entrevista con Luis López Álvarez que Mayarí era una encarnación de la selva.

En esta novela los elementos telúricos ganan espacio. Uno de los personajes femeninos afirma que la naturaleza no es más que una simple sirvienta de la voluntad de Dios y, a lo largo de la novela, encontramos estas líneas:

Bóvedas de palmeras al paso entre montañas. Fuga atontada de los cochemontes al asomar el carro que va que el diablo se lleva. Vuelo de grandes aves de carne mansa. La violencia de un plumaje púrpura. El celeste convulvulo de una paloma que no es flor, porque se mueve. Monos de colas prensiles disparándose en bandadas alharacuintas. Lianas, bejucos, algunos gruesos como la pierna de un hombre. Flores en ramos disparadas a mansalva contra la tarde sepiá. Y otra vez el campo abierto para dar ámbito a las plantaciones. Nubes y nubes de azafrán dorado. El lujurioso silencio de la carne verde esperanzada en brotes, tallos, hojas y racimos. Las geométricas líneas lógicas y solas, de las filas de plantas de banano, cortadas al horizonte por bosques confusos y sin orden, auténtica respiración de la tierra encerrada en las plantaciones, sometida, aprisionada, condenada a que se le extraiga hasta la última gota de vida.

Al aproximarse a la Vuelta del Mico ¡qué glotonería de verde devorándose todo lo visible e invisible! Nada más que verdes. Pero no es el verde plácido que se contenta con beberse el aire que le queda cerca, beberse y comerse la atmósfera que lo circunscribe. No. En la Vuelta del Mico, los verdes glotones no sólo mascaban y tragaban cuanto les rodeaba, sino que comían bajo la tierra con raíces de agua verde y se hartaban del horizonte al reflejar su verdura fluida en las franjas solares de la caída de la tarde, esas franjas que flotaban sobre los campos. El cielo alzaba su franja azul, muy alto para salvar su pura inmensidad dormida en el temblor del ocaso de aquella insaciable presencia de campos, tallos, raíces, hojas, aguas, piedras, frutas, animales, todo de color verde.⁹

⁹ *Ibidem*, p. 88. A esto habría que agregar una diferenciación que Asturias hizo entre la literatura europea y la americana: "Cabe decir que hay una diferencia fundamental entre la novela europea y la latinoamericana. En la novela latinoamericana la naturaleza no es paisaje, sino personaje (...). La segunda diferencia entre

En un cóncave de accionistas, entre burlas y veras, soñaban en la bandera del Estado Frutero: un paño verde, y al centro una calavera corsaria sobre dos ramas de bananal.

El significado de la tercera novela de la trilogía lo enuncia así su autor:

Los ojos de los enterrados (1960) está basada en una creencia. Los indígenas creen que todos los muertos indígenas están enterrados con los ojos abiertos, en espera de que llegue en día de la justicia para ellos. Cuando llegue el día de la justicia, los muertos cerrarán los ojos y dormirán tranquilamente. Sobre esta base está creado *Los ojos de los enterrados*. En esta novela, desde el punto de vista político central, he tratado de probar que la dictadura y la Compañía formaban parte de una misma balanza. Cuando la dictadura era fuerte, la Compañía se mantenía fuerte, y la compañía apoyaba a la dictadura y la dictadura apoyaba a la Compañía. Por ello, cuando se produce la huelga general, no sólo contra la dictadura, sino contra la Compañía, caen ambas; cae el dictador y la compañía se aviene a cumplir todas las leyes".¹⁰

TRES

La realidad no es como verdaderamente sucedieron las cosas, sino como uno las recuerda, dijo Gabriel García Márquez cuando aparecieron sus memorias. También sostenía que en la memoria colectiva hay versiones contradictorias de un mismo suceso, y daba como ejemplo las noticias que le dieron sobre la matanza de 1928, año de su nacimiento, y que tuvo lugar frente a la casa de su futuro amigo, el escritor Álvaro Cepeda Samudio.

La parte fundamental de la experiencia que alimentaría su obra literaria se la dieron los ocho años que pasó en Aracataca con sus abuelos maternos. En esa sociedad arraigada en la tierra, tienen lugar los hechos narrados en *La hojarasca* (1955), su primer

novela europea y latinoamericana estriba en el aspecto documental de la segunda. Casi todas las novelas de América Latina constituyen auténticos documentos sobre la vida de los pueblos (...) la novela latinoamericana ha sido siempre una novela de gran preocupación social y política." Luis López Álvarez, *op. cit.*, pp.204, 205 y 207.

¹⁰ *Ibidem*, pp. 190 y 192.

libro, que ya contenía su mundo literario en agraz. Primero llegó la bonanza económica propiciada por la compañía bananera¹¹ y luego vino el derrumbe, al marcharse la platanera con su población flotante, llamada desde entonces la hojarasca¹². García Márquez fue explícito sobre el particular en varias entrevistas; hubo incluso una finca bananera llamada Macondo, y de allí tomó nuestro autor el nombre del pueblo que echó a rodar por el mundo.

En los libros de Gabriel García Márquez, la compañía bananera es una referencia lejana, a veces asidero de las nostalgias de los personajes o huella en la historia de Macondo.

El primer párrafo, del primer libro de Gabriel García Márquez, dice: "De pronto, como si un remolino hubiera echado raíces en el centro del pueblo, llegó la compañía bananera perseguida por la hojarasca. Era una hojarasca revuelta, alborotada, formada por los desperdicios humanos y materiales de los otros pueblos; rastros de una guerra civil..."¹³

Aquí están ya Macondo (fundado a finales del siglo XIX), el coronel, su gran interés por la forma, el tono de su escritura, las cosas extrañas e hiperbólicas que cuenta y el virtuosismo de su técnica narrativa que despierta su literatura. Esta breve novela está construida a base de monólogos que presentan situaciones extrañas que, páginas más adelante, van a tener una explicación que no le quita lo insólito a las situaciones. Por ejemplo, cuando nos enteramos

¹¹ El auge del banano que se dio en Colombia en las dos primeras décadas del siglo XX, lo apuntala García Márquez de esta manera: "los barcos de la compañía bananera llegaban a Santa Marta, embarcaban banano y lo llevaban a Nueva Orleans; pero al regreso venían desocupados. Entonces la compañía no encontraba cómo financiar los viajes de regreso. Lo que hicieron, sencillamente, fue traer mercancía para los comisariatos de la compañía bananera y donde sólo vendían lo que la compañía traía en sus barcos. Los trabajadores pedían que les pagaran en dinero y no en bonos para comprar en los comisariatos. Hicieron una huelga y paralizaron todo en vez de arreglarlo, el gobierno lo que hizo fue mandar el ejército. Los concentraron en la estación del ferrocarril, porque se suponía que iba a venir un ministro a arreglar la cosa, y lo que pasó fue que el ejército rodeó a los trabajadores en la estación y les dieron cinco minutos para retirarse. No se retiró nadie y los masacraron." Citado por Mario Vargas Llosa en *García Márquez: historia de un deicidio*, Barcelona, Barral Editores / Monte Ávila Editores, 1971, p. 19.

¹² El novelista hondureño Ramón Amaya-Amador, trabajador bananero, periodista y luchador social como Fallas, en su novela *Prisión verde* (1945), recuerda que a esta misma gente en su patria la llamaban "hojas al viento". Guarda otras coincidencias con la trilogía de Asturias, como el despojo y compra de las tierras campesinas para ponerlas al servicio del monocultivo.

¹³ Gabriel García Márquez, *La hojarasca*, México, Editorial Sudamericana (Índice), 12ª ed., 1975, p. 9.

que el médico es repudiado por los habitantes de Macondo, sabremos que fue así debido a que, durante la guerra, el médico se negó a atender a los heridos que se apilaban afuera de su casa con el pretexto de que ya había olvidado todo lo concerniente a la medicina. El lector piensa ¿cómo se puede olvidar la profesión de uno? Con el correr de la historia nos enteraremos de que, cuando llegó la compañía bananera, trajo su propio servicio de salud y el médico dejó de ejercer durante muchos años. Tuvo una suerte de enmohecimiento por su atormentada vida interior y por el modo en que dejaba que la vida transcurriera junto a él, como si estuviera sumergido en un río cuyas aguas lo bañaban sin producirle el menor efecto.

La bananera es un mal que arrastró otro. Trajo un auge económico febril y fugaz. Llevó progreso con el ferrocarril y el telégrafo (que sirvió para que el padre de Gabo, que formaba parte de la hojarasca, conquistara a la madre, quien pertenecía a la sociedad inmóvil pero refractaria), pero también una población flotante que como llegó se fue, sin echar raíces, sin dejar cosas buenas al pueblo. Después de agotar la tierra y exprimir a la gente, la bananera deja a Macondo convertido en una ruina:

Para entonces, la compañía bananera había acabado de exprimarnos, se había ido de Macondo con los desperdicios de los desperdicios que nos había traído. Y con ellos se había ido la hojarasca, los últimos rastros de lo que fue el próspero Macondo de 1915. Aquí quedaba una aldea arruinada (...) ocupada por gente cesante y rencorosa (...) La hiedra invade las casas, el monte crece en los callejones, se resquebrajan los muros y una se encuentra a medio día con un lagarto en el dormitorio (...) Y de noche, el tum- tump de la plantica eléctrica que dejó la compañía bananera cuando se fue de Macondo¹⁴.

En *Cien años de soledad* (1967), Macondo es una aldea de 300 habitantes, nadie es mayor de 30 años de edad y todavía no tienen su primer muerto. Reaparece la compañía bananera pero los elementos del progreso, como el ferrocarril y la energía eléctrica, que preceden al cinematógrafo y al teléfono, ya no se le deben a ella sino a Aureliano triste, quien ante el éxito de su fábrica de hielo trajo un ferrocarril amarillo. Después apareció Mr. Herbert, quien

¹⁴ *Ibidem*, pp. 110, 128 y 129.

al comerse dos manos de guineo intuyó que ese producto podría exportarse como un nuevo maná. Miró los plátanos con lupa, los midió, los pesó e indagó el clima y la humedad que permitían el nacimiento del portento. Con el pretexto de cazar mariposas inspeccionó la región y pronto llegó Jack Brown, con agrónomos, hidrólogos, topógrafos, agrimensores y abogados. Con ellos vino la hojarasca y las esposas lánguidas de los gringos que construyeron su colonia con ventiladores, puertas y ventanas cubiertas de mosquiteros. Pronto cercaron sus jardines, los colmaron de pavorreales y codornices. Los alambres electrificados amanecían negros de golondrinas achicharradas. Cambian el curso del río y construyen una presa adjudicándose prerrogativas sobre los habitantes de Macondo. Los antiguos policías pueblerinos fueron sustituidos por sicarios extranjeros.

José Arcadio Segundo incitó a la huelga a los trabajadores de la compañía bananera en donde él mismo había sido capataz. Los trabajadores pedían viviendas saludables y que no se les pagara con vales de la misma compañía. La respuesta fue una matanza sobre la que García Márquez transmite la incertidumbre que a él le informaron. Los gringos prometieron algunas mejoras que se materializarían cuando dejara de llover, pero vino un diluvio que duró cuatro años, once meses y dos días. Pero cuando escampó, la bananera se había ido, con todo y su hojarasca.

Al final de la novela, al último Aureliano Buendía le aseguran que no hubo muertos ni la guerra que consumió tantas páginas de la novela; es más, le dicen que la compañía bananera ni siquiera existió.

En síntesis, *Mamita yunai* fue un libro de emergencia que puede asimilarse al testimonio, a la novela de denuncia y a la novela proletaria. Miguel Ángel Asturias afinó sus recursos colmados en la escritura de *Hombres de maíz* (1949), que tanto celebrara Luis Cardoza y Aragón por su aliento poético, por las alas de sus mitos y la poesía que destila¹⁵. Gabriel García Márquez recurrió a la compañía bananera porque ella forma parte de la realidad infantil que le permitió forjar su universo literario. *Cien años de soledad* ofrece muchísimos elementos portentosos de los cuales se puede hablar, como el tiempo y las situaciones circulares, la fun-

¹⁵ Luis Cardoza y Aragón, *Miguel Ángel Asturias*. Casi novela, México, Ediciones Era, 1991.

ción de la literatura, los actos desaforados de los seres humanos o las brumas multicolores que envuelven lo que llamamos realidad. Pero ya estaba yo aplicado para atender un tema que, creo yo, reclama nuestro tiempo. No reduzco la novela de García Márquez a un planteamiento sobre las bananeras, simplemente tomo lo que hay en la novela de ellas, terminando así de trazar el arco que va desde su tratamiento en una obra de denuncia hasta el que recibe en una obra eminentemente imaginativa.

En nuestros días el despojo ya no será de plátanos, que por cierto los dietistas toman con reserva, pero sí de tierras, como ya está sucediendo. No vienen por el oro verde del bananal, sino por el oro negro del petróleo que nuevos lacayos les ofrecen.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez García, Imeldo, "Fallas: una expresión de vida", prólogo a *Mamita Yunai*, La Habana, Ediciones Huracán, 1975.
- Amaya-Amador, Ramón, *Prisión verde*, México, Editorial Latina, 1950.
- Asturias, Miguel Ángel, *Viento fuerte*, Buenos Aires, Editorial Losada (Novelistas de Nuestra Época), 6ª. ed., 1972.
- . *El papa verde*, Buenos Aires, Editorial Losada (Novelistas de Nuestra Época), 4ª.ed., 1967.
- . *Los ojos de los enterrados*, Buenos Aires, Editorial Losada (Novelistas de Nuestra Época), 3ª.ed., 1967.
- Cardoza y Aragón, Luis, *Miguel Ángel Asturias. Casi novela*, México, Ediciones ERA, 1991.
- Fallas, Carlos Luis, *Mamita Yunai*, México, Fondo de Cultura Popular, ilustraciones de Alberto Beltrán, 1957.
- Galeano, Eduardo, *Las venas abiertas de América Latina*, México, Siglo XXI Editores, 33ª. ed., 1982.
- García Márquez, Gabriel, *La hojarasca*, México, Editorial Sudamericana (Índice), 12 a ed., 1975.
- . *Cien años de soledad*. México, Editorial Diana, 42ª ed., 2005.
- Herrscher, Roberto, "Historia de la literatura bananera", Cultura/s, suplemento del diario *La Vanguardia*, 18 de julio de 2012, <http://www.lavanguardia.com/cultura/20120718/54326850527/literatura-bananera.html>

López Álvarez, Luis, *Conversaciones con Miguel Ángel Asturias*, Madrid, Editorial Magisterio Español, 1974.

Vargas Llosa, Mario, *García Márquez: historia de un deicidio*, Barcelona, Barral Editores / Monte Ávila Editores, 1971.